

LA PAJA EN EL OJO AJENO

Oscar Oszlak

“No debemos abandonar los servicios públicos al liberalismo económico: los trenes de Gran Bretaña y las aerolíneas de Estados Unidos no son ejemplos a seguir”. Si el lector cree que se trata del juicio de un nostálgico trasnochado del estatismo vernáculo, se equivoca. Se trata de François Loncle, un parlamentario socialista francés, que parece expresar una opinión mayoritaria del pueblo francés. La cita es oportuna frente al debate que hoy sacude a la Argentina respecto del destino de Aerolíneas Argentinas.

Este caso, como lo fue en su momento el del apagón de Edesur, renovó las dudas sobre el acierto de una política -la de privatización de empresas públicas- que, no mucho tiempo atrás, fue erigida en dogma de todo *buen gobierno*. Con impecable lógica, el gobierno español, al que su par argentino exigió que asumiera la responsabilidad de salvar a la empresa de la quiebra, adujo: ¿por qué capitalizaremos una empresa privada si ya hemos privatizado Iberia? Hacerlo equivaldría a una suerte de estatización encubierta, que en la práctica coincidiría con la que los trabajadores de la empresa, y probablemente buena parte de la ciudadanía, exigen ahora al gobierno argentino.

Esta alternativa, que ningún partido político con chances ganadoras hubiera osado plantear como bandera en su plataforma electoral de 1999, no es nueva en la Argentina ni en el mundo. La nacionalización y estatización de empresas privadas fue una política generalizada al cabo de la Segunda Guerra mundial, tanto en Europa como en nuestro país, cuando a ambos lados del Atlántico se incorporaron al sector público ferrocarriles, teléfonos, empresas de electricidad y otros servicios.

Otra forma de intervención estatal se produjo mediante el salvataje de empresas privadas en dificultades, tal como también se demanda hoy en el caso de Aerolíneas. El antecedente más lejano se remonta a 1867, cuando la Compañía del Ferrocarril Central Argentino solicitó al gobierno argentino una ayuda de 300.000 libras esterlinas para proseguir las obras, dada la incertidumbre y el endurecimiento del mercado financiero de Londres con motivo de la crisis de 1866/67 (¿riesgo país?). En esa ocasión, el gobierno argentino emitió bonos del crédito público, suscribiendo la suma requerida para la terminación y habilitación de la obra. Más acá en el tiempo, está fresco todavía el recuerdo de los salvatajes estatales de empresas privadas deficitarias (como Siam Di Tella, Opalinas Hurlingham o la Cía. Italo Argentina de Electricidad), tanto por gobiernos militares como democráticos.

Paradójicamente, es ahora el turno de Gran Bretaña, cuna de la política privatizadora durante la era thatcheriana, donde el renovado triunfo de Tony Blair vino acompañado por una masiva demanda de la ciudadanía para que el gobierno estaticé los ferrocarriles. Es que en el último año y medio, este servicio privatizado por la ex Dama de Hierro tuvo un record inédito: 45 muertos y 145 heridos de gravedad. La falta de mantenimiento por parte de los operadores ha dado lugar a un rápido deterioro de la infraestructura y a cuantiosos subsidios estatales que, entre 1997 y 1998, sumaron unos 2600 millones de dólares. Según datos recientes, uno de cada tres trenes llega con puntualidad a destino y uno de

cada ocho ni siquiera termina su recorrido. Así, la mítica puntualidad inglesa que los argentinos añoramos durante mucho tiempo, luego que Perón estatizara los ferrocarriles, es hoy parte de un legendario pasado en su propio país.

Entretanto, Francia está siendo presionada por la Comisión Europea para abrir sus empresas públicas a la competencia, suprimir subsidios a las mismas y privatizarlas. Como es sabido, el estado francés es todavía dueño de enormes y muy rentables compañías, como EDF y GDF, así como del correo, los ferrocarriles, los aeropuertos de París, la industria nuclear, la mayor parte de Air France, France Telecom y Thomson Multimedia, porciones significativas de Renault, la empresa de computación Bell, etc. Tiene participación mayoritaria en unas 1500 empresas y minoritaria en otras 1300. Además, la mayoría del pueblo francés tiene una excelente opinión sobre la calidad de sus servicios públicos.

¿Qué lección extraemos de estas experiencias? Sencillamente, que la Argentina aplica una rígida ortodoxia frente a sus políticas de privatización, mientras sus pares europeos, mentores de esas políticas y dueños estatales de muchas de nuestras empresas privadas de servicios públicos, pueden elegir los caminos que mejor convienen a sus intereses y preferencias. La paja en el ojo ajeno, que sus ambiguas posiciones manifiestan, expresan la dramática pérdida de capacidad decisoria experimentada por nuestro Estado nacional.